

# “EL TIEMPO DEL SER”

## THE TIME OF BEING

Por: Ana María D'Amato Miranda<sup>1</sup>

Fecha de recepción: 5 de Mayo de 2008  
Fecha de aprobación: 20 de Mayo de 2008

### RESUMEN

Desde la preocupación por el dilema entre esencia y existencia, tan propia de la historia de la filosofía, la autora del artículo se enfrenta al tema del ser desde la perspectiva del psicoanálisis, apoyada para ello en Heidegger y Lacan, asumiéndolo como ciencia de lo real, una ciencia que opera vía el tratamiento lógico de un-decir que es un acto modal y existencia o sea que depende de la decisión de un ser. Llega así, a una de sus grandes conclusiones: la cura analítica comienza por la destrucción del yo y la institución del sujeto. El tiempo del sujeto será el tiempo que lleve su despliegue para arribar a la destitución objetiva y la instauración de “soy lo que soy”.

\*\*\*\*\*

El tema del tiempo será el tiempo que toma el llegar a su desdido objetivo el desarrollo y el establecimiento de “Yo soy lo que soy.”

### PALABRAS CLAVE

El ser, Psicoanálisis, Existencialismo

### ABSTRACT

Since the concern about the dilemma between essence and existence, so characteristic of the history of philosophy, the author of the article is facing the issue of being from the perspective of psychoanalysis, supported in Heidegger and Lacan, assumes as a science of reality, a science that operates

via a logical treatment that is an modal act and existence and depends on the decision of a being. She arrives to one of her major conclusions: the analytical cure begins with the destruction of self and the institution of the subject. The subject time will be the time that takes on to arrive at the suspension objective and the establishment of “I am what I am.”

### KEY WORD

Being, Psychoanalysis, Existentialism.

Desde Parménides, la filosofía comenzó a preocuparse por la “existencia del ente en tanto que ente”, y siempre, en cuanto trata de aprehenderlo como tal, lo descompone en: “ser **algo**” o en “**ser** algo” o sea, se trata de la esencia o de la existencia. Así, la historia de la filosofía podría ser interpretada como un auténtico dilema entre el primado de la existencia sobre la esencia o de la esencia por sobre la existencia, es decir, se hablaría del existencialismo o del esencialismo.

El esencialismo llegó en Hegel a un punto tan difícil de superar, que se convirtió en provocativo en el sentido de que causó una auténtica reacción a él; la aparición de un nuevo modo de existencialismo. Así las cosas, surge el existencialismo iniciado por Kierkegaard y continuado por Heidegger, el autor de “El ser y el tiempo”.

Dice Lacan en “El Atolondradicho”: “Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha” y también dice: “Este

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. AME de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano-Euskal Herria (País Vasco). Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata

enunciado que parece de aserción por producirse en una forma universal, es de hecho modal, existencial como tal: el subjuntivo con que se modula su sujeto lo testimonia”.

Nos recuerda que con la **lógica** este discurso toca a lo **real** al encontrarlo como **imposible**, por lo cual es el discurso que la lleva a su última potencia: ciencia **de lo real**. Si el psicoanálisis trabaja con el inconsciente como un decir que se infiere de los dichos y los hechos que los sostienen, y la inferencia, nos dice, sólo es posible vía la lógica, el psicoanálisis al valerse de ella, entiendo, se eleva a la misma condición de ciencia cuyo fin es tratar **lo real vía la palabra**. No es neurociencia, es ciencia, pero ciencia de lo real y no del organismo, una ciencia que opera vía el **tratamiento lógico de un-decir** que es un acto, un **acto** modal y existencial o sea que depende de la decisión de un ser. Decisión, a veces tan nimia como optar entre decir o callar. (Un tema para ser auténticamente desplegado en la Filosofía de la ciencia o epistemología).

Lacan ha hecho numerosas referencias a Hegel, a Kierkegaard y a Heidegger, cosa que le ha valido el ser llamado “filósofo” por los “sabios” psicólogos y también por los organicistas de la época, que no eran los neurocientíficos de hoy, pero eran similares; o sea, por todos aquellos que niegan la división del “parlêtre”, niegan la existencia del inconsciente y que pese a haber inconsciente haya **responsabilidad subjetiva**, o sea, que las decisiones que un ser asume van realizando con su consentimiento su mísera y estúpida existencia, como le llamó sacrílegamente Lacan en un momento, a éste nuestro vivir.

Continúa diciendo que no hay **universal** que no tenga que contenerse en una **existencia** que lo niega. No hay, por tanto, universal que no se reduzca a lo posible.

Heidegger en la introducción al “ser y tiempo” nos dice que “El ser es el más **universal** de los conceptos” y que pese a eso “es más bien el más **oscuro**”.

El “ser” no puede confundirse con el ente, por tanto es indefinible, indecible, **innombrable**, no puede ser objeto de determinación predicando de él un ente.

Dice en la pág. 13, Cap. 1: “Necesidad de reiterar expresamente la pregunta que interroga por el ser” Pto 3:

“El “ser” es el más comprensible de los conceptos....en todo conducirse relativamente a sí mismo, se hace uso del término “ser” y el término ser es comprensible “sin más”. Todo el mun-

do comprende esto: “el cielo es azul”; “yo soy una persona de buen humor, etc. “Pero esta comprensibilidad “de término medio” no hace más que mostrar la incomprensibilidad.

Me parece interesante comentar los temas que trabaja a lo largo de su libro

1. La pregunta que interroga por el sentido del ser
2. Exégesis del “ser ahí”
3. El “ser en el mundo” como estructura fundamental del “ser ahí”
4. El “ser en el mundo” como ser “con” y “en sí mismo”
5. El ser “en”, en cuanto tal
6. La cura, ser del “ser ahí”
7. El “ser ahí” y la temporalidad
8. El posible ser resuelto, “ser total” del “ser ahí” y “ser para la muerte”
9. Temporalidad y cotidianidad
10. Temporalidad e historicidad

No me voy a dedicar a Heidegger pero sí retomaré estos temas en la lógica de Lacan.

Fijaos que para introducir el tema lo primero que he citado es el Lacan del Atolondradicho de la última época y no porque él no se dedicara a este tema desde el comienzo de su teorización. Pero en sus primeros momentos el Lacan freudiano insistía en que no había que confundir “yo” y “sujeto” y culpaba a los analistas de la IPA, con toda razón, de haberlo hecho.

Efectivamente era así, estos analistas perdidos en las encrucijadas de sus propias resistencias tendieron a pensar el inconsciente como un doble “yo”, a eliminar,.. para madurar,.. un inconsciente tan imaginario como aquel por el cual nos nombrábamos y nos reconocíamos en el espejo.

Esta concepción les llevaba a esperar de la cura un “yo” que debía ser fuerte para aplastar al “otro”, al inconsciente y en la medida de lo posible “tan maduro” como el de su analista que había madurado al calor del amor de transferencia en su análisis didáctico y que había florecido gracias a una identificación a ese “ser” que no era él.

Pero ellos no se planteaban la cuestión del ser; sólo buscaban “yoces” fuertes (el ser-ahí concebidos por ellos como aquel que eliminaba la división) y maduros para llevar a cabo una unión “genital” con la otra mitad que le permitiera un Happy way coronado, no sé si de violines, pero supongo que de amor, comprensión y oblatividad. Un “ser” sano era un “ser

total” completo y completado, sin marca alguna del efecto que la palabra produce en el viviente.

Y lógicamente esto lo irritaba y comenzó una especie de cruzada con su “causa freudiana”. Ese no era Freud, eso no era el inconciente, eso no era el psicoanálisis. Tardó mucho en esa labor. Diez años. Vociferaba y vociferaba su “inconciente estructurado como un lenguaje” y lo sancionaron por ello y muy duramente.

Colette Soler dice con razón en “La querrela de los diagnósticos” que en el Discurso Capitalista toda innovación que no pertenezca al Discurso Establecido, pasa a ser un discurso epifánico, no establecido, pero que hace sus funciones de discurso y establece vínculo. En esas condiciones es considerado **subversivo**, peligroso y por tanto **debe** desaparecer. La exclusión o la ignorancia de ese discurso son buenos recursos. Lacan podría haber sido ignorado si no fuera porque su decisión fue **hacerse-oír** y el querer de la pulsión le dio tanta fuerza a su ser que hace que, **aún** hoy, estemos hablando de él. Su modo de ser le hizo no amedrentarse, enfrentarse, ser díscolo, rabioso y acomodaticio (a los cambios que se iban produciendo en el mundo) según conviniera a las estrategias de su “*sinthôme*”, entiendo “vivir para su causa”: que el psicoanálisis no muera y que se reestablezca su verdadera identidad, misión que hoy queda en nuestras manos.

Era la época del sujeto. El sujeto, aquello que un significante representa para otro significante y que pone de manifiesto la **carencia en ser** a través de la metonimia del deseo. El **deseo**, deseo insatisfecho por estructura, deja un hueco que hace que se siga deslizando de uno en otro de los objetos cual una libélula, entre aquellos objetos que la **cadena metonímica** del sujeto le permite y que a su vez nos aporta un más de sentido a través de la **metáfora** que finalmente lo único que nos va a enseñar es que no hay objeto adecuado al deseo (por suerte pues sino, se llegaría fácilmente a la satisfacción mórbida, mortal, nada dinámica, que no ayudaría al libre fluir del río de la vida del que hablaba Parménides). Todo lo contrario: el motor está delante **causando** y no al final, como cree el sujeto en su espejismo. La cosa es causal y no teleológica. **El objeto causa pero nunca se llega a él**. Sólo se lo bordea, se le da vueltas como las miles de vueltas de las que habla Lacan en el Atolondradicho, pues su título completo es “El Atolondrado, El Atolondradicho o las vueltas dichas”.

En esa época el **tiempo** fue la piedra del escándalo. ¿No seguir las normas del Amo, del Discurso Establecido, del tiempo del Amo, del tiempo del reloj? ¿A quién se le podía ocurrir semejante herejía? Sólo a un díscolo que por estructura podía

decir “no” para insistir en que **sujeto y tiempo** tenían mucha relación y que había un tiempo que convenía al sujeto que no era el tiempo marcado por el Discurso Corriente o por lo que ya se había convertido en eso.

A su vez ese sujeto no venía al análisis: había que hacerlo surgir en el comienzo de una cura y se lo hacía a través de un acto analítico, si es que el analista en cuestión aún tenía ganas de hacer este trabajo, que por cierto es trabajoso. Dicho más ortodoxamente: si hay deseo de analista surgido en su propia cura y sostenido por su intercambio con otros analistas en su trabajo institucional que sea algo más que pura rivalidad o intentos de sobresalir. Entonces es un deseo que debe surgir y que debe sostenerse, porque como todo deseo, corre el riesgo de caer.

La cura del analista y su institución harán que el psicoanálisis perdure o sea aplastado por las hordas fundamentalistas científicas o por las sectas “terapéuticas” religiosas que son finalmente la otra cara de la misma moneda y por tanto son las vueltas que producen los movimientos ciegos que siempre aspiran a ser “el pensamiento único”.

Entonces, cada sujeto tiene su tiempo para surgir de entre las marañas del yo y del fantasma y un tiempo para desplegarse, un tiempo para ver, comprender y concluir. El psicoanálisis, en tanto cura, debe acompañarlo en este proceso único e irreplicable.

Al comenzar un análisis comienzan los efectos: surgimiento de la transferencia analítica, instauración del sujeto y destitución del yo con la lenta caída de las identificaciones, esas otrificaciones que el Otro hizo de él. Reconoce que lo que creía su ser no era nada más que los dichos del Otro sobre él, con los cuales cargó desde antes de nacer y, con algunas de las cuales está conforme y con otras no consciente, “eso no es él/la” pero entonces ¿qué es?.

Decía Heidegger: “Necesidad de reiterar expresamente la pregunta que interroga por el ser”. Surge la repetición siempre novedosa e insistente en la cual un sujeto no puede dejar de preguntarse por su ser e, insiste también, el enigma”.

Lacan en “La lógica del fantasma” nos habla de la operación de alienación en la cual el sujeto se ve ante una gran disyuntiva inaugural: **ser o pensar**. Obvia es la opción con la que se quedará, SER y dejará de lado el PENSAR hasta que la operación verdad lo lleve a sus propios pensamientos que, gracias a la operación de la transferencia, le permitirá relacionar am-

bas entidades.

El sujeto humano se larga al mundo siendo un “parlêtre” que dice “yo soy” sin saber que es algo más que lo que cree ser. Es, también, una parte del Otro de la que se apropió en la alienación, ese “petit a” que es él sin saberlo (la alienación en la separación), ese “eso” del que ya hablaba Freud, ese receptáculo de pulsiones del que por otra parte nada quiere saber lo “es” y así aparta la pregunta sobre su propio “ser”. La operación verdad lo llevará a plantearse indefectiblemente. Otro tiempo, otro momento, tanto en la lógica del surgimiento del sujeto, como en la duración de una cura.

Se trata de un “ser-ahí” que no se piensa a sí mismo y a veces un ser-ahí con poco peso pues se siente “muy siendo” (muy pegado) el deseo del Otro, esa extraña sensación de no ser-uno mismo. Diríamos que pasamos del Otro al Uno que uno mismo es. Y entonces basta de falsas justificaciones adjudicando los deseos o las culpabilidades al Otro, llega la hora o “el tiempo” de asumir sus propias decisiones, el tiempo de ser (como el título que elegí para este trabajo)

Ese ser-ahí se descubre en sí mismo, relativo al Otro y destinado por la ausencia de la proporción de la relación sexual a ser un Uno-solo pero no sin el Otro/otro/a. Comienza así su largo peregrinaje que le permite hacer lazo para “ser-con” porque si bien el dos no existe, sólo hay dos Unos, el “nosotros” es posible. Como todo posible depende de la existencia, de las decisiones del ser, así como de las contingencias reales.

Y qué sería su **ser** sino su **cuerpo**, o sea lo más desnaturalizado; aquello que dio cuerpo a lo simbólico ya que habló de él/la antes de existir y que lo simbólico hizo cuerpo en él/la. El cuerpo es el lecho del Otro. Es el receptáculo de lo simbólico que lo vacía de goce, lo desertiza, envía su goce a las sensaciones exteriores del mismo pero recorta las zonas erógenas por las cuales el goce reaparece en el cuerpo, por aquellas cicatrices que quedaron del encuentro con la satisfacción, a veces agradable, otras no, pero siempre traumática, pues se trata de un encuentro con lo real, que lo simbólico se encargó de hacerlo reprimir, excluir, quitar de sí. Reencuentro, diríamos entonces.

Él /la es su cuerpo con su goce específico escondido en las tramas de su carne y que el trabajo del análisis le permitirá desentramar, lo que le implicará **hacerse cargo de él o seguir mirando a otro lado** ignorando lo que hay. Libertad del sujeto que con su ética decidirá qué hace con lo que ha descubierto.

Edipo descubrió que había matado a su padre sin saberlo y que se había acostado con su madre, sin saberlo también; pero sí sabía que era el culpable de los males que acechaban a su ciudad y a su gente. Quiso saber y el ver lo llevó a sacarse los ojos, no para no ver sino como merecido castigo por lo que había hecho sin saberlo. El Amo clásico sabía más que la neurociencia del ser humano, sabía de los deseos, de la culpa, de la responsabilidad de los actos aún sin saberlos y de los merecidos castigos de lo que cae en perjuicio de los demás.

Nada que ver con los terapeutas que acusan a la familia, al discurso familiar, a la química cerebral, al metabolismo orgánico de los actos y humores de un sujeto, aún peor en casos de peritaje psiquiátricos en los cuales se trata de determinar si el sujeto estaba en “uso de su razón o no” como si el no estarlo exculpara a alguien de su actuar.

Decisión, ética, libertad,... temas no sólo filosóficos sino analíticos y clínicos.

“La libertad del hombre se inscribe toda en el triángulo constituyente de la renunciación que impone el deseo del otro por la amenaza de la muerte para el goce de los frutos de su servidumbre, del sacrificio consentido de su vida por las razones que dan a la vida humana su medida, y de la renuncia suicida del vencido que frustra de su victoria al amo, abandonándolo a su una infrahumana soledad” J. Lacan “Función y campo de la palabra y el lenguaje”.

Comenta C. Soler sobre esta cita en “Los ensamblajes del cuerpo”: “Es una frase que tiene una actualidad total.” La libertad del hombre.” Cuando se convoca la palabra libertad no se trata de las obligaciones estructurales, se trata de un nivel donde hay una elección posible.” Y este decir “No” del sujeto, concluye, es un rechazo de la identificación al otro. Rechazo de una identificación vía los significantes del otro. Es un rechazo para otorgarse a sí mismo una identidad que no sea alienada en la cadena, afirma así su existencia inefable, su inefable y estúpida existencia. O sea usa la muerte de manera condicional para obtener un efecto de vida humana verdadera.”

La pulsión apunta a la identidad del ser y supone que sostiene un lazo social.

El camino que sigue en su teorización es el siguiente: el Sem. XV, “De un Otro al otro”: “soy donde no pienso”; en el Sem. “La lógica del fantasma” lo presenta sosteniendo de manera desconocida pero presentificando el objeto de la pulsión. En “Posición del inconsciente” intenta describir lo que llama **separación, que es un intento de hacerse ser.**

Habla de la pulsión en su uso de separación apuntando a hacerse un estado civil, otra manera de decir hacerse una identidad y no hay nada en lo que un sujeto se encarnice más en su vida para lograrlo.

El verdadero narcisismo se refiere a **querer su ser, querer a sí mismo, hacer uso de sus pulsiones para promoverse**. Así C. Soler nos recuerda el concepto de Freud de sublimación como un intento de promoción de sí mismo. De ahí que para que se complete el circuito en la sublimación no se trata sólo de la creación sino del reconocimiento por parte del Otro de lo creado, la sanción del Otro es muy importante tanto para la sublimación como para el chiste que sabemos que si no es sancionado con la risa no es logrado.

Así, decir que se ha consolidado una identidad, que un ser ha tomado su peso, es decir que ha salido de la cárcel del Otro, de la alienación, ha sabido hacerse a sí mismo, ha conseguido ser su cuerpo.

He ahí la gran diferencia con el sujeto. El sujeto es **falta** en ser y el ser es **presencia** del cuerpo y su uso. Para C. Soler se toma la licencia de hablar de “parlêtre corps”, hablantecuerpo para oponerlo a hablanteser o “parlêtre”.

Si el **significante** representa al sujeto, el **signo** representa al gozante. El signo adquiere, en la última época de Lacan, el valor de un significante que se ha hecho signo para representar al ser de goce. Dice Lacan en el S. Aún “El sujeto representado por el significante es el mismo que el cuerpo gozante representado por el signo”, o sea que si al comienzo de su teoría aparecía el signo para diferenciarlo del significante, vuelve a aparecer el signo para diferenciarlo, de otra manera y con otra intención, del significante mismo. Diría del significante al goce y de lo simbólico a lo real (este es un atrevimiento mío) pero signo al comienzo y signo al final en registros diferentes.

“Al principio del análisis hay que hacer con el síntoma un signo corporal, que la transferencia transformará en cadena, pero al final del mismo, no se pretende resolver la división entre el sujeto y su goce, al contrario si se aprende algo en el análisis es que esta división es imposible de reducir. Al final del análisis tenemos todavía los signos de goce, hay una diferencia epistémica que Lacan formula con una expresión que dice “la transferencia y el análisis se termina cuando el sujeto se ha instruido de su división”. Eso designa el beneficio epistémico” “Los ensamblajes del cuerpo” C. Soler p. 75.

Efecto terapéutico y efecto epistémico: entiendo que diferentes pero indisolubles. Lo dejo para la discusión. Continuo.

Hay un tiempo para el ser en su proceso de constitución y en el proceso analítico pero tiene que llegar **el momento de ser**, un momento en que se asuma como ser pulsional y quiera entrar a desplegar el juego pulsional con el Otro/otro. De no ser así, serios problemas pueden aparecer: Angustias existenciales de todo tipo, vacíos, no sé quién soy ni a dónde voy, apatía, falta de fuerzas, cansancios, aburrimientos y toda la gama de afectos que impiden al ser estar-ahí, estar-con con el telón de fondo del ser-para-la-muerte destino inevitable de todo ser viviente sexuado.

Resumiendo: ese cuerpo afectado por el encuentro con lo real del goce, está afectado por el sexo y quien dice sexo dice muerte. El ser-para-la-muerte decide qué hace con su goce irreductible y con su división subjetiva irremediable. Tanto decide eso como cómo decide vivir su vida más allá de los determinantes de su estructura que siempre remiten al más-ahí-del principio-del placer.

Aunque parezca una simplificación: se trata de cómo mantener lo más a raya posible a la pulsión de muerte, a ese particular apego a la destrucción, a la adicción que se produce a lo nocivo en el sujeto humano.

Me gustaría referirme a una novela muy conocida de Milan Kundera “La insoportable levedad del ser” para afinar el tema de lo leve, lo pesado, lo soportable e insoportable en sí y en su relación al otro para pensar luego las soluciones posibles que la clínica analítica puede aportar.

Se trata de Praga en 1968 y de un médico Tomás, muy inquieto por una pregunta: cuál es la manera específica en que cada mujer goza sexualmente. Ve signos en sus gemidos, movimientos, respiraciones, gestos.... E indaga y pretende afanosamente dedicarse a esa investigación haciendo gozar para-ver, gozando él también en ese proceso. Así las cosas, decide tener lazos pasajeros y esporádicos con ellas (con las 200 de su vida) evitando toda cercanía personal. No vivir juntos, no verse muy a menudo, no convivir con ninguna y ser muy precavido; para más seguridad ni pasar toda una noche con una de ellas.

“No había nacido para convivir con una mujer, sólo podía encontrarse a sí mismo viviendo como un solterón. Puso todo su empeño en organizarse tal sistema de vida, que nunca pudiera ya entrar en su casa una mujer con su maleta.”

“Se separó de su mujer, su hijo, su madre y su padre. Lo único que quedó de todos ellos fue el miedo a las mujeres. Las deseaba, pero les tenía miedo: Entre el miedo y el deseo no tenía más remedio que buscar una especie de compromiso; lo denominaba “amistad erótica”. Amistad erótica que, por otra parte, sentía que lo protegía de la agresividad del amor. Así Tomás dejaba fuera de su vida al amor.”

“El amor no se manifiesta como deseo de acostarse con alguien (este deseo se produce con una **cantidad innumerable** de mujeres), sino el deseo de dormir junto a alguien (este deseo se produce con una única mujer)” pensaba Tomás.

De esta manera mantiene una relación con Sabina, la chica del sombrero de hongo, objeto que le daba su brillo fálico y que para Tomás era el signo de su ser de goce. Un sombrero que tenía historia familiar para ella, tenía sentido edípico.

Y todo rodaba hasta que la casualidad, la madre de todos los encuentros y de los cambios posibles, hizo que Teresa se acercara a su vida y aquella que era una-más terminó convirtiéndose en otra cosa.

“Hace siete años se produjo **casualmente** en el hospital de la ciudad de Teresa un complicado caso de enfermedad cerebral, a causa del cual llamaron con urgencia a consulta al director del hospital de Tomás. Pero el director tenía **casualmente** ciática, no podía moverse y envió en su lugar a Tomás a aquel hospital local. En la ciudad había cinco hoteles, pero Tomás fue a parar **casualmente** justo a aquel donde trabajaba Teresa.

**Casualmente** le sobró un poco de tiempo para ir al restaurante antes de la salida del tren. Teresa **casualmente** estaba de servicio y **casualmente** atendió la mesa de Tomás. Hizo falta que surgieran seis casualidades para empujar a Tomás hacia Teresa como si él mismo no tuviera ganas.” Primera parte Pág. 44

Pero Teresa era de las que se hace-ver, se hace-oír y sobre todo procura imponer su deseo. Y con esa voluntad decide ir a ver a Praga a aquel hombre que sólo vio un día y con quien simplemente coqueteó. Me voy a referir al diccionario que construye el autor para que nos entendamos de qué hablamos cuando hablamos. Dice “¿Qué es la coquetería? Podría decirse que es un comportamiento que pretende poner en conocimiento de otra persona que un acercamiento sexual es posible, de tal modo que esta posibilidad no aparezca nunca como seguridad. Dicho de otra manera: la coquetería es una

promesa de coito sin garantía.”

Y con esto así planteado, Teresa se le planta en casa y ya no tiene cómo volver a su ciudad, es tarde, no hay transporte y menos en la Praga comunista, aunque previa a la invasión rusa y Tomás se descubre amaneciendo, agarrado con mucha dulzura a las manos de una mujer y observa cómo, ante el cambio de posición de su pareja, ella se acomoda aún más en la cama de este hombre en la que no paraba una noche entera ninguna mujer y de lo cual se jactaba; era un síntoma que no lo hacía sufrir, por el contrario se jactaba de ello.

De la misma forma Teresa consigue casarse con él pero sus celos no la dejarán en paz. Numerosos sueños aparecen como pesadillas cuyo núcleo es Tomás y las otras mujeres, muchas, rodeándole. Y su amor, la angustiada dependencia del ser amado, le hacen cortar ese lazo, que será él quien no soportará la ruptura e irá detrás de ella. Su decisión le costará caro, pierde una situación profesional y se ve llevado a enfrentarse al poder establecido, al totalitarismo comunista que no le permite ejercer su profesión.

Él, que se jactaba de su independencia afectiva de las mujeres de las que sólo le importaba su goce, pierde mucho para estar al lado de la mujer sin la cual la vida se le hace insoportable, pero eso sí, siempre ejerciendo su compulsión: acostándose con otras mujeres y despertando los celos de Teresa que se desespera porque olía a sexo femenino el pelo de su marido. Tan atenta estaba a todo lo de él que el olor del sexo de una mujer a la que él le había practicado un cunnilinguis fue rápidamente percibido por ella.

En principio su amor por Teresa, su mujer, no era en absoluto contradictorio con su poligamia. A ratos negaba sus infidelidades y a ratos las justificaba.

Y cuando ella le abandona, él siente un alivio: el alivio de no tener que ocultar, fingir, consolar, demostrar su amor permanentemente, ni sentirse culpable, ni disculparse, ni justificarse más.

Comienza a disfrutar de la **dulce levedad** del ser. Pero.... dura poco, se impone el peso que es pesado y que le lleva a una decisión, a una **decisión de peso**.

Peso, necesidad y valor son conceptos que nos parecen unidos y nos parece impensable que el amor de nuestra vida pueda ser algo leve, sin peso; creemos que nuestro amor es algo que tenía que ser y que sin él nuestra vida no es nuestra vida.

Por Teresa regresó a Bohemia: “Una decisión tan trascendental se basaba en un amor tan causal que no habría existido si su jefe no hubiera tenido ciática siete años atrás. Y aquella mujer, aquella personificación de la casualidad absoluta yace ahora a su lado y respira profundamente mientras duerme”.

Así convierte lo leve en pesado y continúan sus deseos de transformarlo en leve. Así sigue coleccionando mujeres y goces femeninos que no deja de registrar en su absoluta diferencia.

Esa decisión de peso le lleva a otra aún más trascendental y ética. Decide regresar a su país (se habían exiliado en Suiza pero ella regresó para independizarse de la dependencia respecto a él y él va a reunirse con ella nuevamente) y enfrentarse con un régimen totalitario y excluyente.

Hacia un tiempo había escrito un artículo en el cual criticaba la posición culpable de los jefes checoslovacos cómplices de los totalitarios rusos y Rusia había invadido el país en las situaciones trágicas que todos recordarán en 1968.

Toma una decisión de peso que toma el valor de un auténtico acto: no renunciará a lo que escribió aunque le cueste, como le costó, su carrera profesional y no sólo eso, sino el ejercicio mismo de su profesión. Y decide: No firmo.

Acto o actos que le dan un lugar en el mundo y que su ser-en-el-mundo deja de ser divertido, agradable, frívolo para pasar a hacer cosas que tienen consecuencias. Creo que es algo que podemos dejar para el debate ¿es una figura de la muerte en tanto sacrificio por una causa (la libertad) o es un acto de separación del Otro aunque como en el suicidio pueda traer aparejada la muerte real pero con la intención y la voluntad decidida de ser, de separar-se?

A todo esto Sabina siguió su vida sola al ver que la unión de ellos dos (Tomás y Teresa) era irrompible. Tiene otro amante pero no consiente convivir con él pues el fantasma de Tomás se le interponía y además ella siempre quedó adherida a la levedad, a la frivolidad, sola y sin consecuencias. ¿Quizás el precio a pagar por esa alegre levedad? Y se va, se va muy lejos.

El estar tan lejos no es inconveniente para que se entere de la muerte de ambos en un accidente, a través de una carta escrita por un hijo de él, que apenas conoció a su padre, que lo abandonó de pequeño y al que buscó afanosamente. Murie-

ron **casualmente** en un accidente automovilístico y **casualmente** cuando se habían alejado del mundo al irse a vivir al campo y **casualmente** la noche posterior a haber ido juntos a una cantina con unos amigos a bailar y ella a coquetear con él y otros, ya que el campo, la soledad y el aislamiento del lugar la convertían casi en la única mujer bonita de la cantina y **casualmente** cuando habiendo cambiado su forma de vida, él se había dedicado sólo a ella; le era fiel pese a las dudas de ella, o quizás porque no podía hacer otra cosa o por lo que fuera que lo lleva a **nombrarla definitivamente su mujer y casualmente** cuando él le declara ser feliz. Ahí hace aparición la muerte real de la cual Sabina es testigo. Ella sabe lo que ellos nunca supieron. Murieron en el acto.

Fallaron los frenos que Tomás sabía que tenía que hacer revisar hace mucho tiempo pero...se le pasó. ¿Casualidad o acto fallido? ¿Deseo de muerte? No parece raro que la agresividad del amor pudiera hacer su aparición en un hombre como Tomás, cuando nombra finalmente a su mujer y le confiesa que es feliz. Cuando la vida deja de tener la ligereza de la frivolidad de las ciudades, para tener el peso, a veces insoportable, de la rutina que pone de manifiesto lo que es la vida: eso, una repetición eterna de ciclos de día-noche, luz-oscuridad, vida-muerte. Y el amor.... Aquello que hace soportable la monotonía terrible de la vida misma.

La levedad del ser tiene que ver con la carencia en ser, con el significativo que hace metáforas y metonimias, que horada, perfora lo real. Lo pesado es lo que se entreteje pulsionalmente con el Otro/otro y con el mundo. Así el objeto tiene peso (como para Teresa lo tiene Tomás) cuando la pulsión lo ha “aizado” y su lazo se convierte en indispensable para vivir.

Un “yo” tiene un peso y una consistencia cuando lo habita la pulsión que le empuja a hacer actos que como todo acto tiene consecuencias.

La cura analítica comienza por la destitución del yo y la institución del sujeto. El tiempo del sujeto será el tiempo que lleve su despliegue para arribar a la destitución subjetiva y a la instauración de “soy lo que soy”. La identificación al síntoma (lo que anuda los registros) permite asumir lo irreductible de la división subjetiva y del goce; hacer más soportable y creativo su goce es la tarea que un sujeto va haciendo silenciosamente en un análisis en el cual habla incesantemente.

Ceder el objeto para separarse y ser lo que se es, es lo que el psicoanálisis puede aportar al tema. Apostar también a que la afirmación del ser pueda ser menos trágica que en “La in-

soportable levedad del ser"; que se arregle los frenos a tiempo como para poder seguir disfrutando un poco más de la satisfacción conseguida con tantas dificultades a lo largo del tiempo que nos da la vida.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**